

mente la que mas la agradase. Obedecieron los ministros á la citacion; pero se presentaron acompañados de tal gentío, que solo se trató de aquietarlos, prometiéndoles que nada se decretaria contra ellos. Se retiraron con la seguridad de esta promesa, arrancada por la fuerza; y luego que desaparecieron, se procedió como si no hubieran querido concurrir, y se les desterró como á contumaces. No bien se habia empezado á proceder en justicia, interrumpida por la violencia, enfurecióse el pueblo, y muchos señores hicieron traicion á la regente, sin embargo de que se habian manifestado antes muy adictos á su partido. Tales fueron, entre otros, el conde de Argyla, uno de los señores mas poderosos del reino, y el prior de San Andrés, hijo natural del rey Jacobo V, llamado Jacobo Stuardo, conde de Murray, nombre eternamente detestable, que escita la idea de un hombre sanguinario y lleno de rapiñas, y de uno de aquellos monstruos sin alma y sin conciencia que se hacen célebres porque no se niegan á ningun delito. Sin embargo, este es el héroe privilegiado de Buchanan; predileccion que basta por si sola para que formemos una idea exacta del héroe y del panegirista.

Al conde de Murray le favoreció en sus atentados, ó por mejor decir, le preparó á ellos, el calvinista Juan Knox, predicante furioso, á quien Teodoro Beza da el nombre de apóstol de Escocia (1). Este tal era un clérigo y fraile apóstata; le acusan algunos historiadores de haber tenido un comercio infame con su madrastra y con una porcion de mugeres seducidas; se le acusa tambien de haber incurrido en las prácticas mas abominables de la magia; y en fin, dejándose llevar del furor que inspira una conciencia atormentada con los delitos y los remordimientos, comunicó su frenesí á los pueblos y á los nobles, arrastrándolos con el im-

(1) *Camer. de Scot. Pict. l. 4, c. 2.*

petu de sus predicaciones violentas y de sus blasfemias calumniosas. Destruyó las iglesias y los monasterios, arrojó á los sacerdotes y á los obispos, saqueó los bienes consagrados á Dios, y cometió contra los católicos y contra las cosas santas las profanaciones y crueldades mas inauditas. Pasando del desprecio de la Religion al de la diadema, hizo que se derogase la autoridad de la reina regente, y la trasladó á los gefes del partido, á quienes se condecoró con el título de consejeros, y principalmente al bárbaro conde de Murray, que con pretexto de celo contra la idolatría papística, aspiraba á usurpar el trono á su jóven hermana María. Knox predicó públicamente que los vasallos de esta princesa estaban absueltos del juramento de fidelidad, y que no solo estaba en su arbitrio el deponerla, sino que por derecho divino y humano era licito á cualquier particular, del mismo modo que al cuerpo del Estado, matar á los tiranos, esto es, según el estilo de la secta, á los soberanos que se oponen á la ruina de la Religion. Entretanto escribió Calvino desde Ginebra, donde exigía una sumision sin limites, una carta de enhorabuena á Knox por la rapidez de sus progresos, esto es, por los progresos de la rebelion, exhortándole á la perseverancia, y pidiendo al cielo que derramase sobre él sus favores (1).

En efecto, enarbolaron los hereges el estandarte de la rebelion, salieron á campaña con tropas bien armadas, hicieron frente á las de la regente, y se apoderaron de muchas plazas fuertes. Tales fueron, entre otras, Perth, Scona, Stirling y Limmach, en donde echaron por tierra los monasterios, cometieron todo género de escesos en las iglesias católicas, variaron enteramente la forma de los divinos officios, y establecieron en ellas ministros de su secta. Los mismos desórdenes cometieron en Cupre y en San Andrés los habitantes de estas ciudades, los cuales se declararon protestantes

(1) *Calv. Epist. 255.*

en presencia de su arzobispo, á pesar de que le veian al frente de un formidable destacamento de caballería. La reina viuda imploró el auxilio de la Francia, que hacia causa comun con la Escocia, á lo menos contra el conde de Murray, armado con pretexto de la religion (aunque esta era lo que menos le interesaba), para quitar la corona á la reina María, y por consiguiente al delfin que se habia casado con ella. Antes de emprender nada Enrique II, quiso informarse de los verdaderos motivos de Murray, y envió un embajador á Escocia con este objeto, estando resuelto á no tomar partido si solo se trataba de contiendas en materia de religion, pues no le faltaba á él que hacer con igual motivo en su propio reino. El enviado no volvió á Francia hasta despues de la muerte del rey, la cual varió todo el sistema de los negocios y dejó á la Escocia abandonada á su suerte infeliz. La absoluta libertad de conciencia que fué preciso conceder á los novadores, los aquietó solamente hasta que se les presentase ocasion de quitársela ellos á los católicos.

Sus pretensiones eran casi iguales en Alemania, como lo dieron á entender los sectarios al emperador Fernando I en la dieta que se celebró en Augsburgo el año 1559. En otra asamblea, celebrada en la misma ciudad algunos años antes, se habian suspendido las antiguas providencias dadas contra ellos, conviniendo con demasiada generalidad en que quedasen las cosas en el estado en que se hallaban, hasta que pudiesen terminarse de un modo definitivo las desavenencias que habia entre los dos partidos. Alentados los sectarios con esta condescendencia, quisieron que se la considerase como un derecho, y se empeñaron en mudar su posesion precaria en un estado fijo. En vano propuso el emperador un concilio para arreglarlo todo definitivamente, porque ellos no querian otro que aquel en que la palabra de Dios fuese la única regla de las decisiones, y en que por consecuencia, según el sentido acostumbrado de este lenguaje, no se enten-

B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

diese la Sagrada Escritura conforme á la tradicion de los Padres, ni á la interpretacion del Vicario de Jesucristo y de los demas sucesores de los Apóstoles, sino según agradase á sus teólogos, esto es, á unos reos procesados; y se esplicaron con tal altivez, que temiendo Fernando volver á turbar la tranquilidad del imperio, consintió en permitirles el libre ejercicio de su Religion (1).

Aun con respecto á los pueblos de sus Estados hereditarios, se vió obligado por aquel mismo tiempo á permitirles comulgar bajo las dos especies, y ni aun quedaron contentos con esta indulgencia, retirándose descontentos por una y otra parte, sin haber concluido nada (2). Lo mismo sucedió en Baviera, donde para conseguir el duque Alberto los subsidios que necesitaba, concedió á sus vasallos el uso del cáliz, y el de la carne en los dias prohibidos; protestando sin embargo que estaba muy distante de abandonar la Religion de sus padres (3). Por todas partes iba en aumento la desercion en la iglesia germánica. El duque Alberto de Prusia, movido por su yerno el duque de Mecklemburgo, declaró al mismo tiempo por un escrito público que abrazaba la confesion de Augsburgo, y mandó que la enseñasen en todos sus dominios. Esta doctrina tambien fué recibida en Spira por la autoridad del Consejo, y abrazada por el marqués Carlos de Baden, el cual llamó ministros de los paises inmediatos para establecer templos en sus Estados.

Durante la guerra, que con buen éxito hizo Felipe II contra la Francia desde el segundo año de su reinado (a), gozaron los herejes en

(1) *De Thou, l. 22, n. 4.*

(2) *Sleid. l. 20; De Thou, l. 17.*

(3) *Sleid. l. 26, ad an. 1556; De Thou, l. 17, n. 8.*

(a) Ciertamente que fué con buen éxito para las armas españolas esta guerra que Felipe II hizo á la Francia, pues los franceses, derrotados en todas partes, se vieron obligados á pedir y recibir la ley del vencedor. Habiendo el duque de Alba ajustado la paz entre España y la Santa Sede, determinó Enrique II de Francia seguir la guerra, con ánimo de arrojar de

este reino de una libertad que no hubieran alcanzado en tiempos mas tranquilos. Aunque se habian prohibido sus juntas, pena de la vida, y en efecto fueron condenados al fuego muchos contraventores, no dejaron por eso de reunirse los sectarios en varias provincias, y aun en medio de la capital, principalmente en la plaza de Maubert y en la calle de Santiago,

Italia á los españoles, con cuyo objeto declaró nul las treguas y envió contra ellos al duque de Guisa con un poderoso ejército, á pretexto de socorrer al Pontífice, á quien suponía oprimido por las circunstancias. Coligny, capitán y almirante de Enrique, se presentó por otra parte en las fronteras de Flandes, y volvió de este modo á principiarse la guerra con mas furor que nunca. Entonces el rey Felipe, á fin de vengar tantas injurias, juntó un respetable ejército, que al mando de Filiberto de Saboya, marchó contra la plaza de San Quintín, con objeto de apoderarse de este importantísimo punto, para poder penetrar luego con mas ventaja en lo interior de la Francia. Conoció Enrique sus intenciones, y quiso, aunque en vano, poner un dique á los rápidos adelantos de sus contrarios. Confío, á este fin, una fuerte expedición al general Montmorency para socorrer á los sitiados: Coligny, mas intrépido que sus compañeros, logró introducirse en la plaza; pero los demas fueron rechazados. A esta tentativa siguió la batalla de San Quintín, tan célebre en la historia, y la mas memorable del reinado de Felipe II. En ella combatieron valientemente los franceses, pero no pudieron resistir al impetu y denodado esfuerzo de los españoles. Los franceses perdieron en la acción sus mejores oficiales y la mayor parte de sus tropas. Diez mil hombres que perecieron al filo de la espada, dos mil nobles y cuatro mil soldados que con el general Montmorency quedaron prisioneros, noventa banderas y trescientos carros cargados de viveres y municiones, fueron los trofeos con que pudieron ostentar su triunfo las tropas de Felipe. Hallabase este príncipe á la sazón en Flandes, y apenas recibió la noticia del feliz éxito de sus armas, marchó inmediatamente al cuartel general de los sitiadores para dar mayor impulso á la empresa de Filiberto. El héroe de la batalla de San Quintín se presentó para besarle la mano; pero Felipe, arrojándose en sus brazos y estrechándole con el mayor cariño, exclamó: *no amigo, no; á mi me toca besar las tuyas, autoras de tan grande victoria*. En el consejo de guerra que se tuvo despues de su llegada, el duque de Saboya era de parecer se abandonase el sitio para perseguir los restos del ejército derrotado; pero Felipe, con su acostumbrada prudencia, temiendo esponer sus tropas en lo interior de Francia sin tener un punto de apoyo en caso de derrota, resolvió estrechar la plaza. Creíase que esta no podría resistir por largo tiempo; mas, sin embargo, los españoles tuvieron que luchar por algunos dias contra el valor de los franceses y el tesón de Coligny que los mandaba. Determinóse, por último, el rey á tomar la plaza por asalto y sus tropas lograron espugnar los muros, y finalmente, hacerse dueños de todo. Tomada la plaza, dispuso Felipe que se reedificasen los fuertes; y entregando parte del ejército al conde de AreMBERG, se apoderó en breve este general de Castelet Han, Novón y otras plazas importantes. Los franceses trataron de re-

cerca del colegio de Plessis. Á pesar de los demas cuidados del gobierno, muchas de estas gentes turbulentas, hombres y mugeres de todas clases, profesores, abogados y médicos, fueron presas y quemadas; pero sin que por esto escarmentasen los demas. El pueblo les atribuía delitos atroces y tales infamias, que no podíamos referirlas sin ofender al pudor (1).

Provenia su seguridad de los poderosos apoyos que tenían entre los grandes del reino, y especialmente por parte de los señores de Chatillon-Coligny, distinguidos por la nobleza de su familia, por sus grandes enlaces, particularmente con la casa de Montmorency, por las dignidades importantes con que estaban condecorados, y mas aun por el superior talento con que las desempeñaban. Para decirlo todo en una palabra, era tal su crédito en la corte y en todo el reino, que contrapesaba al de la casa de los Guisas; y era tan viva la rivalidad entre estas dos casas, como inconciliables sus pretensiones respectivas. Como el condestable Anno de Montmorency y el almirante de Coligny, su sobrino, estaban prisioneros de guerra, y solo Andelot, hermano de Coligny, podia disputar á los Guisas el favor del monarca, Granvelle, obispo de Arras, en quien tenía entera confianza el rey de Es-

parar sus desgracias; mas los ejércitos del rey de España, ya tantas veces vencedores, ganaron cerca de Gravelines otra victoria, no menos importante que la de San Quintín, contra el mariscal de Termes, cuya derrota obligó al rey Enrique á admitir cualesquiera condiciones de paz, la cual se ajustó al fin, despues de largas negociaciones, y se ratificó con el matrimonio del rey de España con la princesa Isabel de Francia, de que ya hemos hablado en la nota anterior. De la batalla de San Quintín dejó Felipe II un memorable monumento en el grandioso monasterio del Escorial, dedicado á San Lorenzo, por haber sido en el dia de la fiesta de este Santo aquella batalla y victoria. Cuéntase tambien que habiendo en las inmediaciones de San Quintín una ermita de San Lorenzo que para estrechar el sitio tuvieron que destruir los españoles, dijo Felipe II que para reparar esta destruccion él levantaria otra ermita para el Santo y una choza para él, y la ermita es el soberbio templo que admiran naturales y extranjeros y la choza el palacio de nuestros reyes que está contiguo y formando parte de todo el edificio.

(N. del E.)

(1) Sleid. y Thuan. ubi sup.

paña, tuvo una conferencia en Perona con el cardenal de Guisa, y le escitó fuertemente á promover entre las dos cortes una paz que era muy necesaria á la Religion, porque las divisiones de los príncipes daban motivo á que se esparciese el error por todas partes (1). Añadió que la Francia tenía un interés particular en esta paz; que muchos señores, y en especial los orgullosos Colignys que tantos celos tenían de la augusta casa de Lorena, estaban enteramente inficionados con las nuevas doctrinas; que la Providencia presentaba la mejor ocasion contra ellos en la ausencia del almirante y de su tío el condestable; que cansado ya de andar con precauciones el coronel general Andelot, no se dignaba de moderar sus espresiones, y hablaba indignamente de la Religion; que le habian oido declamar con escándalo contra la misa, y que todos los dias hacia un gran número de prosélitos entre los soldados y los oficiales. Para convencer mejor al cardenal le manifestó una carta que habia escrito Andelot á su hermano el almirante, prisionero en Flandes, enviándole algunos libros de Ginebra. Se habló de otras muchas cosas que han quedado mas ocultas, de las que se presume haber sido el origen de la grande intimidad de España con la casa de Guisa. El cardenal y el obispo se separaron despues muy amigos, sin que se supiese entonces otra cosa acerca de su conferencia, sino que habian tratado de la paz.

Habiendo ido el cardenal de Guisa á ver al rey en el castillo de Monceaux, situado en la provincia de Brie, le refirió la conversacion que habia tenido con el obispo de Arras; le dijo que el rey de España, á pesar de la toma de San Quintín y las demas victorias que habia conseguido, deseaba dar fin á una guerra, cuya prolongacion era muy favorable á los hereges de Flandes y á los de Francia para esparcir libremente el contagio que respiraban;

(1) De Thou, l. 20; La Popelin. l. 3; Hist. de las Igl. Reform. l. 3.

que estaban inficionados con la heregja muchos grandes del reino, y que, segun Granvelle, blasfemaba públicamente Andelot contra el santo sacrificio de la misa. Estas noticias hicieron en el ánimo del rey toda la impresion que debian producir dos motivos tan poderosos como el deseo de terminar una guerra ruinosa fuera del reino, y el temor de una sublevacion interior por parte de los hereges. Inmediatamente envió á llamar á Andelot, del cual le habian hablado ya como de un católico muy equivoco, y mandó le advirtiesen que mirase cómo se esplicaba al responder á las preguntas que habian de hacerle.

Se presentó Andelot con resolucion. El rey, que le amaba y apreciaba su valor, le trató con mucha bondad, é hizo grandes elogios de sus servicios y de los de sus parientes. Despues de esto le dijo que le era muy sensible lo que le decian por todas partes acerca de sus sentimientos en materia de Religion, y le mandó que declarase con exactitud lo que pensaba en orden á la misa. Andelot, naturalmente precipitado y orgulloso, respondió con descaro que la miraba como una abominacion; y añadió que su cuerpo estaba en poder del rey y podia disponer de él á su arbitrio; pero que su alma solo estaba sujeta á Dios, á quien, y no á otro alguno, debia obedecer en semejante materia. Aunque el rey era de un genio bastante pacífico, se indignó de tal manera, que le faltó poco para acabar alli mismo con aquel impio. Sin embargo, se contuvo, le arrojó ignominiosamente de su presencia, y mandó que le llevasen preso á Meaux, desde donde fué trasladado poco despues al castillo de Melun, del cual salió mas adelante, despues de haber consentido en que se celebrase en su presencia el Santo Sacrificio de la Misa, esto es, despues de haber participado como un vil hipócrita de lo que miraba como una idolatria abominable (1); porque aquel héroe de secta

(1) Hist. de las Igl. Ref. l. 2.

no mudó jamás de modo de pensar, y fué hasta la muerte el azote mas terrible de los católicos.

No eran menos atrevidos los hereges particulares que sus mismos gefes. Aprovechándose de las calamidades del Estado y de las turbulencias públicas que no permitian usar con ellos de la vigilancia necesaria, no se contentaron, como antes, con juntarse de noche y en silencio, sino que salieron de día y en gran número fuera del arrabal de San German, á un paseo público llamado el Prado de los Clérigos, y cantaron en alta voz los salmos traducidos al francés por Clemente Marot y Teodoro Beza (1558). Habiendo acudido muchos espectadores con la novedad del espectáculo, no dejaron de reunirse tambien en los dias siguientes, y entonces se vieron confundidos con los fanáticos vulgares el rey de Navarra Antonio y la reina Juana su esposa; lo que fortificó prodigiosamente al partido y le inspiró una confianza capaz de atreverse á cualquier empresa. Informado Enrique II de aquellas reuniones insolentes, mandó que se procediese contra sus autores, y publicó un nuevo edicto prohibiendo á todos los jueces mitigar la pena de muerte y de confiscacion decretada contra los que resultasen convictos de heregia, ó de haber introducido en el reino los malos libros de Ginebra y de Alemania. Fueron prohibidas con las mismas penas las asambleas y cánticos heréticos. Cesó esto por algun tiempo; pero la multitud de los desertores de la fé, y la cualidad de sus fautores ó protectores, junto con las sollicitaciones de los príncipes de Alemania y de los demas aliados, tan necesarios al rey en las circunstancias difíciles en que se hallaba, resfriaron insensiblemente el ardor de los procedimientos é hicieron se tratase con mucha menor severidad hasta la paz á aquellos turbulentos novadores.

Entretanto declamaba Calvino diciendo, que las amenazas y los suplicios no debian tener á los defensores del Evangelio puro,

Desde el centro de su guarida, desde Ginebra, donde nada tenia que temer, atizaba el fuego con sus cartas sediciosas, y le parecia siempre que sus atletas no manifestaban bastante valor contra los peligros á que él no se esponia jamás. Escribió á Paris, diciendo que era una cobardía vergonzosa abstenerse de cantar los cánticos sagrados, é interrumpir las alabanzas de Dios por el precepto de un hombre. Habia logrado al fin formar una alianza perpétua entre el poderoso canton de Berna y la ciudad de Ginebra, y lleno de orgullo con este triunfo, no habia cosa que no se permitiese para la gloria de la reforma. Aunque sus subalternos estaban poco acordes entre sí, cedian á su autoridad contra su propio modo de pensar; y si alguno se atrevia á contradecirle, podia tener por cierta su ruina.

Habia en la iglesia de Ginebra una agregacion particular, compuesta de muchas familias italianas que habian abandonado su patria para profesar con libertad el error. Fué tan grande el prurito que se introdujo en ella de sutilizar en la esplicacion de la Escritura, especialmente despues de la llegada de Valentin Gentilis, famoso por las conferencias arrianas de Vicenza, que no tanto se profesaba la doctrina de Calvino como la de Arrio, y aun se publicaron algunos escritos conforme á los antiguos principios de Miguel Servet. Gentilis fué acusado como Servet, encarcelado, y obligado á retractarse primera y segunda vez. Mas no sirviéndole los perjuros para conseguir sus fines, y viéndose perseguido por Calvino con la mayor perseverancia, tomó el partido de salir furtivamente de Ginebra, como el único medio que le quedaba para librarse de la hoguera (1558). Anduvo errante por el pais de Gex, por la provincia de Lyon, por el Delfinado y por la Saboya; se atrevió á pasar al canton de Berna, donde fué conocido y puesto en una cárcel, de la cual logró tambien escaparse, y huyó á Polonia, buscando el asilo de Jorge Blandrat y de Juan Pablo Alciato, que propa-

gabaa por aquel pais el arrianismo. Obligado á salir de allí por un edicto de destierro, espedido contra aquellos blasfemos extranjeros, pasó á Moravia y despues al Austria, desde donde volvió al canton de Berna despues de la muerte de Calvino. Aun prescindiendo de su perseguidor, habia pronunciado ya el cielo su sentencia. Le prendieron y condenaron á morir degollado, por haber impugnado con obstinacion y contra sus juramentos el misterio de la Trinidad. Murió con una impiedad sin ejemplo, gloriándose de oscurecer á todos los mártires, los cuales habian muerto (decia él) por el Hijo de Dios, por un Dios criado, al paso que él sacrificaba su vida á la gloria de Dios Padre y único eterno (1).

Habiéndose ajustado la paz general entre Francia, España, Inglaterra y el imperio, tomó Enrique II la firme resolucion de esterminar de sus Estados la heregia, y espidió el terrible edicto de Ecouen, que imponia la pena de muerte á todos los luteranos, prohibiendo á todos los parlamentos, en los cuales se admitió sin limitacion, mitigar este rigor, como lo habian hecho algunos (2). Veia este principe que se propagaba el error aun entre el primer orden de la nobleza, y que llegaba á tal grado la insolencia del pueblo, que por poco que se difiriese el usar de rigor con los particulares, seria preciso levantar ejércitos, como en tiempo de los albigenses, y hacer que la una mitad del reino pelease contra la otra. Cuando estaba ocupado con estos proyectos, le hicieron presente los magistrados mas celosos de la capital, Gil le Maitre, primer presidente, los presidentes Juan de San Andrés y Antonio Minard, con Gil Bourdin, procurador general, que de poco servia haber establecido la paz en lo exterior, si se encendia dentro del reino una guerra mucho mas temible que la de

los extranjeros, segun lo anunciaban todas las disposiciones; que los progresos del contagio provenian de que el rigor de las leyes no habia alcanzado hasta allí mas que á la clase infima de los ciudadanos, lo cual habia hecho odiosos á los jueces, sin disminuir el número de los delincuentes; que era necesario empezar por los mismos jueces, pues entre ellos habia algunos que en efecto eran reos de heregia, y muchos mas que la protegian; y que este era el origen del mal, debiendo tenerse por cierto que todo lo que se hiciese serian unos paliativos inútiles, mientras no se estirpase la raiz.

Enrique II, que estaba muy decidido á proteger la Religion, mandó que se intimasen sus intenciones á todos los individuos del parlamento en la mercurial que debia tenerse de allí á pocos dias. Era esta una junta de todas las cámaras, instituida por el rey Carlos VIII para la correccion de los abusos que se cometian en la administracion de justicia. Se celebraba al principio una vez al mes, despues de tres en tres meses, segun el decreto de Francisco I, y por lo comun en miércoles, de donde tomó el nombre de mercurial. Habiendo consultado Enrique á los príncipes de Guisa y á algunos de sus principales oficiales mas adictos á la doctrina católica, fué en persona al parlamento, estando ya reunido, y sin haber avisado su llegada (1559). Luego que subió al tribunal, dijo en pocas palabras, que despues de haber dado fin á las hostilidades extranjeras, no deseaba menos sofocar las divisiones intestinas que las novedades heréticas producian en su reino; que iba á instruirse á fondo de las disposiciones de su parlamento sobre este objeto; y que no podia disimular las justas sospechas que habia concebido con motivo de algunos hechos escandalosos, tales, por ejemplo, como la libertad concedida últimamente á cuatro personas convictas de heregia. Habiendo acabado de hablar el rey, mandó al parlamento, en nombre del monarca, el carden

(1) Bez. y Adam, *Vid. de Calv.*; Aret. *Hist. Val. Gent.* n. 1, p. 45.

(2) Belear, *Comment l 28*; De Thou, l. 22.

Bertrandi, guardasellos y vice-canciller, que deliberase al momento sobre el modo de proceder á la ejecucion de sus voluntades.

Al dar sus votos los partidarios de las nuevas doctrinas, se hicieron traicion á sí mismos. Se aconsejaron solamente de su ardor inconsiderado, se pusieron á declamar contra la corte romana y la imputaron todas las turbulencias que agitaban á la Iglesia. Para aparentar que no querian evadirse de la cuestion, pidieron que se acelerase la celebracion del concilio ecuménico, y que entretanto se suspendiesen todas las providencias rigurosas. Al presidente Ferrier, que fué el autor de esta opinion, siguieron los consejeros Fumée, Foix, Val ó Duval, la Porte, Viole, Faur y Bourg, consejero ordenado de diácono, y aun de presbítero segun algunos autores. Pero lejos de que su carácter le imprimiese la circunspeccion que debia esperarse de él, fué este falso hermano el que mostró mas malignidad y el que faltó sin pudor á los intereses de su estado. Hizo entre los sectarios y los católicos un paralelo injurioso á estos, pintándolos como unas gentes abandonadas sin ningun freno á la corrupcion, al perjurio y á la blasfemia, cuando los delitos de los otros, tan perseguidos y tan cruelmente tratados, se reducian, decia él, á haber descubierto, por medio de la antorcha de la Sagrada Escritura, el oprobio y la corrupcion de la corte romana, y pedido su reforma (1). Despues de esto, concluyó proponiendo, como sus consortes, la suspension de los edictos hasta la celebracion del concilio. Los principales magistrados que se distinguieron á favor de la buena causa, además de los que ya hemos nombrado, fueron los presidentes de Harlay y Segurier.

Cuando hubieron votado todos, hizo el rey que le presentasen la lista, y la estuvo recorriendo por espacio de algunos momentos. Despues de lo cual, tomando la palabra, dijo:

(1) De Thou, l. 22.

«ahora estoy convencido de lo que apenas podia creer, á pesar de las justas reclamaciones del público. Ahora veo por mis propios ojos que hay entre vosotros vasallos que desprecian la autoridad de su rey y la del Vicario de Jesucristo. Por fortuna no son los mas; pero no deja esto de ser un borron para todo el cuerpo. Quiero, pues, hacer un ejemplar que borre hasta los menores vestigios de una mancha tan vergonzosa, é impida se renueve jamás.» Al proferir estas últimas palabras, se levanta Enrique, y manda que sean arrestados los consejeros Bourg y Faur, que eran los dos que habian hablado con menos moderacion. Ejecutose la orden inmediatamente, y los dos presos fueron llevados á la Bastilla. En el mismo dia se prendió á Fumée, Foix y la Porte; y aunque se buscó á Ferrier, Duval y Viole, no fué posible dar con ellos. El pueblo de Paris, que era cordialmente cristiano, y gemia antes de esto al ver el aumento que adquiria la impiedad dentro de sus mismos hogares se inundó entonces de alegría y colmó de bendiciones á su religioso monarca.

Algunos dias despues estableció el rey, para formar y seguir la causa de los cinco magistrados presos, una comision compuesta del presidente San Andrés, de Juan Santiago de Mesmes, relator de peticiones, y de los consejeros Gayant y Boette, asociados al obispo diocesano y al inquisidor. Bourg, que estaba instruido en todos los embrollos del foro, recusó á sus jueces, reclamó contra su incompetencia, y cuando se vió condenado interpuso sucesivamente cuatro ó cinco apelaciones para ganar tiempo, á fin de que sus partidarios y consortes pudiesen violentar la prision y ponerle en libertad. Entretanto se le obligó por un edicto del consejo á sufrir el interrogatorio ante los comisionados. Luego que empezó á dar razon de su fé, se echó de ver que era una mezcla de los errores de Zuinglio y de Lutero. Poco despues se redujo á la confesion de la sola doctrina de Ginebra. El obispo de Paris

pronunció la sentencia canónica, que fué confirmada por el metropolitano y por el primado, á quienes habia apelado el astuto contemporizador, y en consecuencia fué degradado para entregarle despues al brazo secular. Mientras duró la ceremonia de la degradacion no hizo mas que blasfemar contra las órdenes sagradas, dándolas el nombre de *carácter de la bestia*, y diciendo que se le daba mucho gusto en despojarle de ellas, porque así no tendria ya en adelante ninguna cosa comun con el anticristo romano.

Estando ya para espirar el tiempo que habia ganado con sus esugios, creyó por último que iba á coger el fruto de ellos, con ocasion de la muerte repentina del rey. Acababa Enrique de casar á la princesa Isabel, su hija primogénita, con el rey de España, y á su hermana Margarita con el duque de Saboya. Para que la magnificencia de la fiesta correspondiese á la importancia de su objeto, mandó que hubiese un torneo de tres dias, y quiso ser él mismo del número de los combatientes. Era valiente y robusto, amante de todo lo que representaba la imágen de los combates, de una destreza sin igual en el manejo de las armas, de una disposicion corporal admirable, y preciado de hacer con gracia todos esos ejercicios. Se presentó pues delante de los señores españoles contra los mas robustos y diestros de su corte, y sacó de la silla á la mayor parte de ellos. Quedaba todavía Gabriel de Lorges, conde de Montgomeri, que era reputado por uno de los mas hábiles, y en cierto modo le obligó el monarca á quebrar por lo menos una lanza con él. La reina, como por una especie de presentimiento de lo que habia de suceder, hizo muchas instancias á su augusto esposo para que se contentase con tantos triunfos como habia conseguido, y á ruego suyo le suplicó lo mismo el duque de Saboya; pero lo mas que pudieron conseguir fué la promesa, por desgracia demasiado bien cumplida, de no combatir mas que aquella vez. Se em-

bistieron con tanta fuerza los dos campeones, que las dos lanzas se hicieron mil astillas, y una de estas fué á parar á un ojo del monarca, pasando por la visera, y penetró hasta el cerebro. Cayó del caballo sin poder hablar ni una palabra, y absolutamente sin sentido, en cuyo estado permaneció los once dias que vivió todavía. Así pereció Enrique II á los cuarenta y un años de edad, el dia 10 de julio de 1559.

Este suceso dió á conocer mejor que todas las prohibiciones canónicas la ternura ilustrada de la Iglesia, la cual prohibia á sus hijos aquellas diversiones sangrientas; porque aunque se tenia cuidado de embotar las lanzas y las espadas que se empleaban en los torneos, no dejaban de suceder mil accidentes funestos, con cuyo motivo y con el de la fatal desgracia de un rey justamente amado de sus vasallos, se desengañaron por fin aun los mas preocupados. Le lloraron todos los franceses, á escepcion de los protestantes, para quienes fué su muerte un verdadero triunfo, como lo manifestaron muy en breve con la indignidad de sus discursos y de sus libelos. Enrique II fué sin disputa un príncipe de escelente indole, de una bondad extraordinaria, benigno, liberal, afable con todos, amante de las letras, de la gloria, y mucho mas de la justicia. Su amor á la verdadera Religion se acreditó bastante en todo el discurso de su reinado. En cuanto á su capacidad para la guerra, basta traer á la memoria que tuvo que pelear contra las fuerzas reunidas de España, Inglaterra y el imperio, y que lejos de perder ninguna parte de su reino, le aumentó con muchas conquistas, y en particular con las plazas importantes de Metz, Toul y Verdun. Nada se le puede echar en cara á este príncipe en el orden político, mas que la poca aplicacion y la facilidad en dejarse gobernar: lo que privó muchas veces á sus pueblos del fruto de sus virtudes, y los hizo víctimas de sus viciosos favoritos.

Se conservan todavía algunos decretos del rey Enrique II. Prohibió á los hijos de familia